

Algunas Consideraciones sobre el Proceso de Modernización en México

Guillermo A. Mejía Núñez

Como producto de su preocupación por construir una doctrina filosófica orgánica que permitiera comprender en su esencia el hecho más importante de su tiempo, el ascenso del movimiento de masas en la Europa de principios de siglo, José Ortega y Gasset, emprende la tarea de sistematizar sus reflexiones sobre la dinámica que presentaban las relaciones sociales económico-políticas, partiendo del principio "de que los grupos nuevos traen consigo una interpretación distinta de lo que debe ser la forma de organización social de la cual surgen".¹

Consciente de que este nuevo estadio de desarrollo a la que la sociedad capitalista había arribado, usando la expresión "los nuevos tiempos" para referirla, exigía un replanteamiento de la inserción del Estado en la sociedad con objeto de hacer posible una convivencia política armónica entre los distintos grupos sociales que la conforman; llega a postular que el camino a emprender para estar "a la altura de los tiempos" debía definirse a partir de considerar que "construir una nueva realidad social o política" conlleva "trascender de lo que se es a lo que se propone" y, en consecuencia, el primer paso a dar estaba en "instalarse en el futuro para desde ahí decidir la conducta del presente...".²

Tendencia política tal —afirmaba—, avanzará inexorablemente hacia unificaciones cada vez más amplias, sin que haya nada que en principio la detenga e implica una capacidad de fusión ilimitada de las clases sociales dentro de un cuerpo político.³

En resumen, puede señalarse que el eje sobre el cual discurre toda su reflexión filosófico-política, gira en torno a una concepción política que busca hacer de la democracia liberal la forma de gobierno que el Estado capitalista debía adoptar para un mejor desarrollo de la función de cohesión social y regulación del equilibrio global del sistema. La cuestión está —señalaba— en impulsar una serie de reformas que hagan, a esta forma de gobierno, más eficaz a las nuevas particularidades de la dinámica social.⁴

El por qué de haber recurrido a la parte filosófico-política del cuerpo doctrinario de Ortega y Gasset, está en el hecho de que hoy, al igual que los años treinta, nos encontramos en un proceso de grandes cambios a nivel mundial, tanto en la esfera de lo económico y lo político, y que habrán de modificar —de hecho ya lo están haciendo— sustancialmente la forma de organización del proceso de trabajo, así como la forma de inserción del Estado en la economía y su relación con los grupos sociales.

Se trata de un proceso que, habiendo comenzado en los años setenta, ha tendido a profundizarse en la presente década y puede ser calificado como un fenómeno de metamorfosis mundial en la medida que se presenta en diferentes latitudes, independientemente del signo ideológico y político del régimen vigente en cada país.⁵

En el plano de lo económico, se trata de un proceso que al modificar la naturaleza de los objetos e instrumentos de trabajo, está redimensionando

¹ Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, México, Ed. Espasa Calpe Mexicana, 1976.

² Ortega y Gasset, J., *op. cit.*

³ Ortega y Gasset, J., *op. cit.*

⁴ *Idem.*

⁵ *cfr.* Alvaer, Elmar, "¿Reestructuración o Desmantelamiento del Estado Social?", *Estudios Políticos* núm. 1, vol. 2, Nueva Epoca, México, F.C.P. y S., 1983.

nando la organización del trabajo y de las economías nacionales. Y, en consecuencia, no tan sólo las relaciones de intercambio entre países sino también las relaciones sociales de producción.

En la esfera de lo político, empieza a ser desplazada como corriente dominante el enfoque keynesiano de la relación Estado-Economía-Sociedad por una interpretación neoliberal de las sociedades modernas, la cual, al atribuir la depresión de las economías nacionales a la "elefantiasis" del Estado plantea una sustitución de éste por las fuerzas del mercado como factor regulador del equilibrio global de la sociedad.

Esta tendencia en nuestro país, empieza a ser dominante en los centros de decisión del poder estatal a principios de la década de los ochenta, particularmente, en el ámbito hacendario-presupuestal, aunque cabe hacer notar que desde principios de la década de los setenta se manifiesta una corriente al interior del aparato burocrático, partidaria de adoptar una estrategia de desarrollo sustentada en una política económica de corte neoliberal.

Es tal la presencia de esta corriente al interior de los centros de decisión estatal, que es precisamente en torno a su esquema de reorganización del patrón de acumulación como se restablece la unidad política del bloque en el poder, perdida con la nacionalización bancaria en 1982. Dicho esquema de reorganización ha significado en la práctica, el impulso de un equilibrio global de la sociedad que beneficia ampliamente al capital, no obstante, que la recurrencia de la crisis económica ha traído consigo cambios esenciales de las variables sobre las cuales se ha soportado históricamente el equilibrio económico y político de la sociedad mexicana.

En este sentido, resulta preocupante la dirección que empieza a tomar el necesario cambio registrado en la relación Estado-Economía-Sociedad en nuestro país, sobre todo por sus implicaciones respecto a la distribución de la riqueza nacional y, por ende, la calidad de vida de amplios sectores de la población.

De ahí la naturaleza del presente ensayo, cuyo contenido más que pretender una defensa del Estado de bienestar keynesiano, alude el contexto político-social en donde se enmarca el proyecto económico-político del actual grupo en el poder, y los costos sociales que implica soslayar la capacidad que tienen como agentes del cambio las fuerzas sociales no dominantes.

1. Tiempos de aspiraciones insatisfechas

Uno de los razgos fundamentales que presenta la

coyuntura política actual en nuestro país es, sin lugar a dudas, el creciente distanciamiento entre una porción importante de la sociedad civil con quienes detentan el poder político. Esta situación, producto de la falta de correspondencia del quehacer estatal con los intereses de amplios grupos sociales, se ha venido traduciendo en una reducción de la base social sobre la que se sustenta, en términos de legitimidad y consenso, el ejercicio del poder de Estado.

Hasta ahora, la forma en que el Estado Mexicano ha venido organizando a la economía nacional ha significado para las fuerzas sociales no dominantes, vivir una realidad que no corresponde con sus necesidades mínimas, no obstante que su alianza con el grupo en el poder se ha dado en torno a un Proyecto de Nación que busca reivindicar sus aspiraciones de clase.

Esta situación, en los hechos, se ha traducido en un deterioro de la alianza del Estado con el movimiento obrero, campesino y popular y, por lo mismo, en la pérdida paulatina de apoyos políticos que le impiden al Estado cumplir cabalmente con su papel cohesionador de la sociedad; en consecuencia, el superar continuamente el equilibrio de intereses inestables se ha convertido en una tarea cada vez más difícil de cumplir e impedir, con ello, que la sociedad se "consume" por el accionar de las fuerzas sociales encontradas.

La relación de correspondencia-no correspondencia con los intereses no dominantes, que todo Estado debe procurar en las sociedades divididas en clases como lo es la mexicana, ha resultado, históricamente, en períodos de crisis económica, sumamente difícil de lograr. Sobre todo, si se considera la incapacidad de quienes detentan el poder económico, de percibir que una restricción de éste —si bien es cierto que es incompatible con sus intereses de corto plazo—, es la condición que permite garantizar el predominio hegemónico de las clases dominantes, y por lo tanto, la realización de sus intereses fundamentales en el largo plazo.

Quienes han dirigido políticamente al país en los últimos años, detentando el poder institucionalizado de Estado, han contado, por lo mismo, con una serie de instrumentos para reorganizar la economía nacional y generar las condiciones que permitan lograr una regulación del equilibrio global de la sociedad mexicana. Sin embargo, la historia reciente del país muestra lo infructuoso del manejo de los "hilos" del poder para tal efecto. La dinámica que presentan las relaciones sociales económico-políticas en la actualidad reflejan, cla-

ramente, la forma en que se han reivindicado los intereses de las distintas clases sociales.

Es a finales de la década de los sesenta, cuando el grupo en el poder empieza a tener serios problemas para desarrollar con eficacia la función de cohesión social. El agotamiento del modelo de desarrollo seguido desde los años cuarenta constituye una de las principales causas. Pero es hasta el inicio de la década de los setenta, cuando se reconoce que la matriz de la problemática nacional residía, precisamente, en el aparato productivo generado al amparo de esa estrategia de desarrollo.

Así, durante el sexenio echeverrista uno de los puntos nodales del discurso del grupo político hegemónico sería la necesidad de reorientar el proceso de desarrollo, a fin de superar las distorsiones del aparato productivo nacional y que lo hacen altamente dependiente del exterior. Además de su impedimento para establecer una relación de intercambio equitativa entre los agentes y sectores económicos.

Asimismo, en el plano de lo político, se acepta, que las formas y prácticas derivadas del ejercicio del poder político no corresponden ya con la dinámica que la sociedad presenta.

No obstante, la voluntad política mostrada para enfrentar ambas situaciones en los sexenios de Echeverría y López Portillo, las crisis de legitimidad en que terminan los dos períodos presidenciales, constituyen la mejor expresión de que la burguesía mexicana es ya consciente del poder que le da su posición económica y no está dispuesta a permitir reformas que le signifiquen alguna merma de su poder económico. Es tal su oposición a un cambio en la dirección del proceso de desarrollo que llegan, incluso, a configurar un proyecto de nación encontrado derivado de la constitución del diecisiete, planteándose, además, la toma de poder de Estado para su instrumentación.

Ante ese panorama, una porción importante de las fuerzas sociales no dominantes y con las cuales el grupo en el poder dice mantener una alianza, comienzan a desprenderse del tutelaje estatal cuando éste les impide llevar a la práctica sus iniciativas tendientes a acceder a la dirección y control, ya no tan sólo de sus propios procesos productivos, sino de los mecanismos de gestión. Dicho de otra manera, la desigual distribución del peso de la crisis económica, trajo consigo una nueva sociabilidad política donde las fuerzas sociales subordinadas buscan emanciparse de los cuerpos orgánicos tradicionales centralistas, porque las formas y prácticas políticas adoptadas por éstos no les garantiza la reivindicación de sus aspiraciones.

En ese sentido, comienzan a desarrollarse a

nivel regional nuevas organizaciones obreras, campesinas y populares alejadas de los cuerpos de la pirámide tradicional, puesto que corresponden a un orden no solamente diferente sino incompatibles por estar creadas a partir de elementos de otra naturaleza.⁶

Por otro lado, los grupos sociales fieles a las viejas alianzas con el bloque en el poder, y en consecuencia con la forma central orgánica, continúan sujetando sus reivindicaciones a las instancias cupulares de su organización, las cuales en el plano nacional han seguido manteniendo una relación de subordinación con el grupo en el poder, relación que si bien es cierto se traduce en posiciones políticas no garantiza la reivindicación de los intereses de sus bases. Como respuesta a esta situación se va desarrollando entre la base un mayor activismo que a pesar de no haberse traducido todavía en un desplazamiento de la dirigencia tradicional, sí hace cada vez más difícil el control político por parte de estos. El movimiento magisterial de principios de los ochenta y los paros de algunas secciones del norte del país del sindicato del seguro social son un buen ejemplo de lo anterior.

En la escena política, esta nueva dinámica de las relaciones sociales económico-políticas se expresa en un ascenso del poder social que reclama para sí, mayores espacios de participación en los centros de decisión del aparato de Estado. Esta demanda viene acompañada, no tan sólo, con un rechazo al tutelaje estatal sino también con un repudio a las formas y prácticas políticas a través de las cuales se expresa el poder político del grupo gobernante. Si tomamos los resultados electorales como termómetro para medir el grado de irritabilidad social y el repudio a las prácticas y formas políticas imperantes, podemos señalar que es a principios de la década de los ochenta, cuando amplios sectores de la sociedad mexicana muestran claramente su rechazo al "status quo" imperante.⁷

Esta nueva sociabilidad política se expresa en la aparición de nuevos actores sociales en la escena política, y en la medida que son producto de la irritación e inconformidad social ante el estado de cosas imperantes, su acción política se da fuera de las formas orgánicas tradicionales. La manera

⁶ Para profundizar sobre la nueva sociabilidad política en el campo mexicano, cfr. Gordillo, Gustavo, "Para desconstruir el leviatán rural", México, periódico *El Día*, enero 4, 5, 6, 1988.

⁷ Un ejemplo de lo anterior, lo constituye los resultados electorales que se han dado en el estado de Sonora en 1979, 1982 y 1985, donde el electorado local urbano se ha inclinado por los candidatos panistas, en grado tal que en el año de 1982 acceden al poder en siete municipios. Mejía Núñez, Guillermo, *La lucha por el poder político en Sonora 1970-1985*, en elaboración.

en que se desarrollan los últimos procesos electorales en Baja California Norte, Sinaloa, Nuevo León y Chihuahua, entre otros estados, constituye la mejor evidencia de que esta nueva sociabilidad política está lo suficientemente desarrollada y cuenta con la vitalidad y el poder para lograr el derrumbe violento de los soportes de la vieja sociedad.

Como el ascenso del poder social no ha podido ser encauzado por los canales tradicionales, ha obligado al grupo en el poder a reconocer su existencia y a temerle. Son "tiempos distintos", diría el presidente De la Madrid en su segundo informe.

...han surgido necesidades y demandas diferentes y emergen grupos nuevos en la participación política, con una intensidad mucho mayor a la que nos habíamos acostumbrado (...). La sociedad mexicana se ha vuelto más compleja y dinámica, es una sociedad políticamente más activa, más informada, atenta y crítica al acontecer nacional, en particular a las acciones de gobierno (...). Son nuevos tiempos, de cambios obligados, en ese sentido se requiere asumir riesgos e incurrir en costos del hacer...⁸

2. Los nuevos tiempos

El reconocimiento público a la nueva dinámica que adquieren las relaciones sociales económico-políticas fue acompañado con una convocatoria a la renovación nacional. Este hecho puede ser concebido como la expresión de lo imperioso que estaba resultando para el grupo en el poder redefinir la inserción del Estado en la economía y sociedad, y constituyó en la práctica el prelude de un camino que bien podría bautizarse con el nombre de "Modernización Nacional", dándole al concepto moderno el sentido que le da Ortega y Gasset y que bien puede reflejarse en la siguiente cita:

El sentido original de 'moderno', 'modernidad' con que los últimos tiempos se han bautizado a sí mismos, declara muy agudamente esa sensación de 'altura de los tiempos que ahora analizo. 'Moderno' es lo que está según el modo; se entiende el modo nuevo, modificación o moda que en tal presente ha surgido frente a los modos viejos, tradicionales que se usaron en el pasado. La palabra 'moderno' expresa, pues la conciencia de una nueva vida, superior a la antigua, y a la vez el imperativo de estar a la altura de los tiempos, para el

moderno no serlo equivale a caer bajo el nivel histórico.⁹

Esta convocatoria a la renovación nacional hecha por el presidente De la Madrid, que por cierto no es la primera vez que se registra en la historia mexicana, ya Vasconcelos en su campaña presidencial había demandado la necesidad de avanzar en esa dirección, incluso había concebido el proyecto de crear una instancia de gobierno similar a lo que ahora es la Contraloría General de la Federación¹⁰, fue recogida e interpretada de diversas maneras por los distintos actores de la escena política.

Así fuimos testigos de la irrupción de un ánimo modernizador en el círculo interno de poder que cruza la esfera de lo económico para llegar a la de lo político, "reconversión industrial", "renovación electoral", "modernización de la economía" pasan a ser puntos nodales del quehacer del grupo en el poder. Estar a la "altura de los tiempos" pareciera ser la razón y motivo del grupo en el poder. Más sin embargo, el problema de fondo sigue persistiendo y se esquivo el conflicto que nutre el desequilibrio global de la sociedad: la enorme desigualdad en la distribución nacional del ingreso.

El gobierno de Miguel de la Madrid, alertado de la reticencia del poder económico nacional a cualquier medida que signifique una merma de sus enormes privilegios, busca por todos los medios posibles mejorar los términos de la relación con el sector empresarial. Lo que implica eludir la responsabilidad de tomar cualquier decisión tendiente a limitar, aunque sea de manera temporal, el poder económico y permitir así la reivindicación de algunos intereses de las fuerzas sociales no dominantes. En ese sentido, la renovación nacional en el plano económico significaría una política de reordenación económica cuyo eje central sería la redefinición de la inserción del Estado en la economía.

Este propósito de reordenación económica vino a dar paso a una estrategia de desarrollo económica orientada a posibilitar, por un lado, un equilibrio financiero y de precios, y por otro, sentar las bases de un cambio estructural del aparato productivo nacional como punto de partida para lograr que la economía nacional presente un crecimiento más sano y autosostenido. Sin embargo, "errores de instrumentación" y "factores exógenos" —se dijo— han sido algunos de los factores

⁸ De la Madrid Hurtado, Miguel, *Segundo Informe de Gobierno*. México, septiembre de 1984.

⁹ Ortega y Gasset, *op. cit.*, pp. 52.

¹⁰ Vasconcelos, José, *Autobiografía*, F.C.E.

que han limitado la obtención de los resultados esperados.

La crisis de julio de 1985 constituyó una de las primeras expresiones de que la dirección seguida en la reorganización del proceso de trabajo, resultaba incompatible con la naturaleza de las distorsiones del aparato productivo nacional; y no obstante que al inicio del sexenio, se presentó un diagnóstico de la situación económica por la que atraviesa el país, donde se reconoce el carácter estructural de la crisis¹¹, se ha seguido insistiendo en que el camino adoptado es el correcto.

Así pues, a pesar de los tropiezos mostrados hasta ahora, pareciera ser que la vía sobre la cual habrá de encauzarse, en el futuro inmediato, el desarrollo nacional será similar a la de los años recientes. Al respecto bien vale la pena recordar algunas de las palabras escritas por José Ortega y Gasset en su obra *La rebelión de las masas* donde desarrolla sus tesis sobre el significado y naturaleza de los nuevos tiempos.

...el pasado es por esencia reverant. Si se le echa, vuelve irremediamente. Por eso su única y auténtica separación es no echarlo. Contar con él. Comportarse en vista de él para sortearlo, para evitarlo. En suma vivir a la altura de los tiempos, con hiperestésica conciencia de la coyuntura histórica(...) necesita de la historia íntegra para ver si logramos escapar de ella no recaer en ella...¹²

3. *Vivir un nuevo estadio de desarrollo histórico sin aniquilarse a sí mismos*

Revisando las particularidades del debate nacional en los últimos tiempos, puede observarse que ha venido girando en torno a la necesidad del cambio y el tono se eleva en la medida que la crisis económica se prolonga y recrudece. Asimismo, ha sido notorio como se ha venido enriqueciendo con la incorporación de un número considerable de sujetos sociales, los cuales al hacer públicas sus posiciones inyectan una alta dosis de dilucidación sobre la naturaleza de los intereses que están detrás de los nudos que presenta la realidad mexicana.

Aunque lo más importante de este debate, es que ha significado la incorporación al discurso de quienes habrán de gobernar al país los próximos seis años, la necesidad de impulsar una serie de reformas que permitan la viabilidad del cambio. Y esto, es menester reconocerlo, puede llegar a constituir la coyuntura que haga posible para el

grueso de la sociedad un verdadero mejoramiento de la situación presente.

El actual candidato priísta a la Presidencia de la República, ha hecho de la necesidad del cambio uno de los puntos nodales de su discurso político, señalando en reiteradas ocasiones durante su campaña electoral que:

...subsisten normas y formas de hacer las cosas que erosionan los fines formales de un buen gobierno(...) de ahí que sea necesario cambiar métodos y formas de hacer las cosas para poder resolver los problemas nacionales y lograr los objetivos fundamentales: independencia, soberanía, justicia y libertad...¹³.

Este hecho, muestra la voluntad del grupo gobernante por profundizar en la redefinición de la inserción del Estado en el proceso productivo y su forma de vinculación con las relaciones sociales económico-políticas, quedando todavía más claro, con el discurso del 19 de mayo en Monterrey, los términos de la nueva relación entre Estado-economía-sociedad.

No obstante la generalidad del discurso político salinista, no existen indicios para suponer que la forma en que el Estado mexicano se inserte en la nueva dinámica social rompa con el esquema neo-liberal cuya característica esencial es la vertebración libre de la sociedad; posición que confiere a la sociedad civil (entiéndase capital) un predominio sobre el Estado. Es decir, la sociedad ya no estará subordinada al Estado, se ha roto el eje sobre el cual había venido girando la acción estatal: todo por el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado.

Asimismo, cabe señalar que no obstante que el grupo en el poder es consciente de la necesidad de reformar el régimen de gobierno, en el sentido de ampliar mayores espacios de participación, se muestra preocupado por el ascenso que esto pudiera significar de grupos opositores, principalmente, los de derecha. Preocupación que resulta lógica si se considera que no hay progreso seguro, ninguna evolución sin la amenaza de involución y retroceso.

Esta preocupación ha llevado a señalar a quien habrá de ser el próximo Presidente de México, que si bien es cierto ocurrirán una serie de cambios en la forma de ejercer el poder de Estado, esto no significará un "harakiri", por lo tanto, resulta lógico pensar que quienes aspiran a crear una nueva realidad social o política no se encuentran muy preocupados de que los lugares comunes de la experiencia histórica queden invalidados por la

11 Iniciativa de Ley de Ingresos y Egresos para 1984.

12 Ortega y G., *op. cit.*, pp. 94.

13 Salinas de Gortari, Carlos, 8 de enero de 1988.

situación social que pretenden suscitar.

Lo anterior significa, que la lógica del cambio pareciera ser la de "cambiar todo para que no cambie nada". La posición de que para que el país avance políticamente se requiere "la definición de compromisos de fondo como serían la aceptación del orden constitucional, el apego al Estado de derecho, el compromiso de no promover ni aceptar ingerencias externas en la política interior", implica aceptar que el pasado tiene razón, que la línea de cerrarse a toda instancia exterior, a no escuchar, a no poner en tela de juicio sus opiniones, imponer su razón, el no gobernar con la oposición, aplastar toda acción perturbadora, seguirá imperando.

4. La modernización en la esfera de lo económico

El redimensionamiento de la economía mundial empieza a arrastrar a países como el nuestro a una reestructuración de sus economías. En ese sentido, resulta inobjetable que estamos inmersos en una dinámica de cambio a nivel internacional. Sin embargo, el reconocimiento de esta realidad no debe conducirnos por el falso espejismo de que a "problemas semejantes soluciones semejantes" y, en consecuencia, iniciar un proceso de modernización bajo esquemas que signifiquen para el país incrementar su dependencia externa en materia económica con los efectos que esto tiene en la esfera de lo político.

La historia del país muestra cuán dolorosa ha sido para la sociedad mexicana la dependencia económico-tecnológica que se tiene con el exterior. En ese sentido, es que se deben asimilar los errores cometidos en el pasado para potenciar nuestro futuro. Por ello, no debe perderse de vista, en aras de un pragmatismo económico, que el cambio registrado por la economía internacional conduce a una nueva redistribución del trabajo y las actividades productivas, cuyo significado para los países industrializados, será el reforzamiento de su papel hegemónico en la economía mundial.

En consecuencia, el proceso de modernización por el cual tendremos necesariamente que transitar debiera de considerar al sector externo de la economía más que como el elemento dinamizador del aparato productivo nacional, como un factor complementario del mercado interno y que es en donde se realiza la mayor parte de la producción nacional.

En ese sentido, la modernización de la economía no puede ni debe traducirse en un desmantelamiento indiscriminado de nuestra planta productiva, sino por el contrario, debe de orientarse a promover la aparición, readecuación, integra-

ción y desarrollo de aquellas ramas y líneas industriales con elevados impactos al interior y exterior del sector donde se ubiquen.

La sociedad mexicana, en general, y los agentes productivos, en particular, aspiran contar con una estructura económica que se caracterice por una adecuada articulación entre sus sectores productivos, con una amplia utilización de recursos nacionales, altos niveles de productividad y bajos requerimientos de capital por unidad de producto, soportándose, en un amplio desarrollo y utilización de tecnologías desarrolladas en el país.

Este último aspecto, necesariamente, debe constituir la piedra angular del proceso de modernización económica. Sin embargo, esto no será posible si no se logra hacer participar a la sociedad civil, particularmente a los usuarios de las tecnologías en el diseño y ejecución de políticas, programas y proyectos de inversión, y mucho menos si no se genera una articulación efectiva entre ciencia básica y ciencia aplicada.

En suma, lo que aquí se está planteando es la obligación de rebasar ya la polémica sobre la disyuntiva entre un crecimiento "hacia adentro" o "hacia afuera". Lo que debemos tener claro, es que el esfuerzo nacional en materia económica, debe encauzarse a mejorar nuestros niveles de productividad y competitividad del aparato productivo nacional, sobre la base de un desarrollo científico-tecnológico propio y no a costa de la sobreexplotación de nuestra fuerza de trabajo. Sólo de esa manera, se estarán sentando bases firmes para un crecimiento de nuestros mercados, ya sean internos o externos.

5. La modernización en la esfera de lo político

Estamos inmersos en una etapa de transición con una tipicidad propia y que no es más que el comienzo de una nueva estructura económico-social. Esto significa, que estamos ante un desplazamiento continuo, aunque aparentemente oculto, de los ejes sobre los que ha venido gravitando la nación mexicana, en los últimos cuarenta años y que significa, en la esfera de lo político, la funcionalidad del poder político y el aparato burocrático a un patrón de acumulación que desarrolló y consolidó al capital nacional.

Lo anterior, permitió fortalecer a un sistema político donde la clase gobernante o grupo en el poder en la medida que fue capaz de mostrar efectividad, es decir, fue funcional al conjunto de la sociedad, su hegemonía permaneció poco refutada o el cuestionamiento se redujo a focos muy específicos. De ahí que se llegara a establecer como uno de los principales rasgos del sistema político mexicano su gran capacidad para canalizar

institucionalmente los conflictos sociales.

En el presente, ya a nadie escapa, que los graves problemas a los que la sociedad mexicana ha venido enfrentándose, desde hace ya un largo tiempo, empiezan a rebasar el marco económico, para insertarse en el plano de lo político. Pero a diferencia de situaciones pasadas, este desplazamiento ha generado profundas fisuras en los soportes en los que había venido sustentándose la estabilidad política en las últimas cinco décadas. Las particularidades del actual proceso político-electoral, son muestra clara de que los acuerdos nacionales que garantizaron, en el pasado, la superación de equilibrios inestables han perdido vigencia.

Los resquebrajamiento al interior del bloque en el poder, así como el deterioro de las alianzas entre éste con las fuerzas sociales no dominantes y que definen la actual coyuntura política, explican el hecho de que todos los partidos políticos participantes en la actual contienda electoral, se estén presentando ante el electorado nacional con un discurso político estructurado sobre una propuesta de cambio económico, político y social.

Dado que en las actuales circunstancias no es difícil saber quiénes serán los vencedores, es posible afirmar, que en el corto plazo, seremos testigos de la profundización de un proceso de modernización nacional iniciado en la presente administración y en donde una de las piezas claves es la redefinición de la inserción del Estado en la estructura económica y su relación con los distintos grupos sociales y en donde el mercado constituirá

el factor de regulación y condensación de las contradicciones que se presentan entre las clases sociales encontradas.

Dada la poca aceptación que la dirección de dicho proceso está teniendo en amplios sectores de la sociedad, para el grupo gobernante va a ser cada vez más difícil presentarse como los representantes del interés general de la sociedad, por lo que este proceso vendrá acompañado con una reestructuración del sistema de organización y funcionamiento del aparato burocrático, y también con la erradicación de las formas y prácticas políticas en que se había venido expresando el ejercicio del poder político, todo ello en aras de lograr por otros medios el consenso y legitimidad perdido con su proyecto económico-político.

En ese sentido, el Sistema Político Mexicano contará con una nueva clase política, cuyo rasgo principal, será su perfil tecnocrático derivado de alto grado de especialización en cierta área del conocimiento y, por lo mismo con un mayor entendimiento al que tenían los viejos políticos mexicanos del influjo de la historia sobre la política.

Una nueva clase política mexicana, habrá de enfrentar el reto de organizar, disciplinar y articular el esfuerzo nacional tendiente a desarrollar los elementos que permitan un nuevo equilibrio global de la sociedad menos injusto para las fuerzas sociales no dominantes, "so pena" de una profundización de la actual crisis de legitimidad que acabaría por derrumbar al actual régimen.

